



la calidad de perezoso la de insensato. Disgustados de ellas los franceses, y acostumbrados tanto tiempo había á la casa de Carlos Martel, fecunda en hombres grandes, no tenía otro embarazo que el juramento que habían prestado á Childerico. Con la respuesta del papa Zacarías se creyeron libres, y tanto más desempeñados de él, cuanto había ya doscientos años que su rey y sus antepasados parecían haber renunciado al derecho de mandarles; dejando unir todo el poder al cargo del maestro del palacio. Así Pipino fué elevado al trono, y reunido el nombre de rey con la autoridad. Halló el papa Esteban en el nuevo rey el mismo celo que Carlos Martel había tenido por la Santa Sede contra los lombardos.

Después de haber infructuosamente implorado el socorro del emperador, se echó en los brazos de los franceses. Recibióle el rey en Francia con respeto, y quiso ser consagrado y coronado de su mano. Al mismo tiempo pasó los Alpes, libertó á Roma y al exarcado de Rávena, y redujo á Astolfo, rey de los lombardos, á una paz justa. El emperador, entre tanto hacia la guerra á las imágenes, y por buscarse el apoyo de la autoridad eclesiástica, juntó un numeroso concilio en Constantinopla. Por tanto, no comparecieron, según la costumbre, los legados de la Santa Sede, ni los obispos ó legados de las otras sillas patriarcales. En este concilio, no sólo se condenó como idolatría todo el honor dado á las imágenes en memoria de los originales, sino también la escultura y pintura, como artes detestables; opinión que era de los sarracenos, cuyos consejos se decía haber Leon seguido cuando derribó las imágenes. Con todo esto nada se dijo contra las reliquias, y así el concilio de Coprónimo no prohibió el honrarlas; antes bien fulminó el anatema contra los que rehusasen recurrir á las oraciones de la Virgen Santísima y de los Santos. Los católicos, perseguidos por el honor que daban á las imágenes, respondieron al emperador que antes sufrirían las más extremas penalidades que dejar de honrar á Jesucristo, aun en su sombra. Entre tanto, Pipino repasó los Alpes y castigó al infiel Astolfo, que rehusaba ejecutar el tratado de paz. No re-

cibió jamás la Iglesia romana don más bello que el que le hizo entonces este piadoso príncipe. Dióle las ciudades que había recobrado de los lombardos, burlándose de Coprónimo, que pedía su restitución, él, que no había podido defenderlas. Desde este tiempo fueron poco reconocidos en Roma los emperadores; ellos se hicieron allí despreciables por su flaqueza y odiosos por sus errores, y Pipino fué mirado como protector del pueblo y de la Iglesia romana, cuya calidad se hizo como hereditaria en su casa y en los reyes de Francia. Carlo-Magno, hijo de Pipino, la mantuvo con no menor esfuerzo que piedad. El papa Adriano recurrió á él contra Desiderio, rey de los lombardos, que había tomado muchas ciudades y amenazaba á toda Italia. Pasó Carlo-Magno los Alpes; todo se le humilló; Desiderio vino á su poder; los reyes lombardos, enemigos de Roma y de los papas, fueron destruidos; Carlo-Magno se hizo coronar rey de Italia; y tomó el título de rey de los franceses y de los lombardos. Ejercitó al propio tiempo en Roma misma la autoridad suprema con el carácter de patricio, y confirmó á la Santa Sede las donaciones del rey su padre. Los emperadores resistían con dificultad á los bulgaros, y en vano imploraban contra Carlo-Magno á los lombardos desposeídos. La contienda sobre las imágenes duraba siempre. Pareció al principio que Leon III, hijo de Coprónimo, se hubiese aplacado; pero renovó la persecución al punto que se creyó seguro. Murió bien presto. Sucedió su hijo Constantino, de edad de diez años, y reinó bajo la tutela de la emperatriz Irene, su madre. Comenzaron entonces las cosas á mudar de semblante. Paulo, patriarca de Constantinopla, declaró hácia el fin de su vida que había hecho guerra á las imágenes contra su conciencia, y se retiró á un monasterio, donde delante de la emperatriz lloró la infelicidad de la iglesia de Constantinopla, separada de las cuatro sillas patriarcales, y le propuso la celebración de un concilio general, como único remedio de tan grande mal. Su sucesor Tarasio sostuvo que la cuestión no se había juzgado según orden, por haberse comenzado por un decreto del emperador, seguido de un concilio te-



nido contra la forma regular, cuando en materias de religion toca al concilio el empezar y á los emperadores apoyar el juicio de la Iglesia. Fundado en esta razon, no aceptó el patriarcado, sino con condicion de que se tendria un concilio universal. Empezóse este en Constantinopla, y continuó en Nicea, y el papa envió á él sus legados; fué el concilio de los iconoclastas condenado, y ellos detestados, como gentes, que á ejemplo de los sarracenos, acusaban de idólatras á los cristianos. Decidióse que fuesen honradas las imágenes en memoria y reverencia de los originales, lo cual se llama en el concilio *culto relativo, adoracion y salvacion honoraria*, que se distingue del *culto supremo y adoracion de latría ó de entera sujecion*, que el concilio reserva á solo Dios. A más de los legados de la Santa Sede y de la presencia del patriarca de Constantinopla, concurren allí legados de otras sillas patriarcales, suprimidas entonces de los infieles. Algunos les han disputado su mision; pero lo que no se ha disputado es, que tan lejos estuvieron de negarla, que todas aceptaron el concilio, sin que se descubran señales de contradicción, y así fué recibido de toda la Iglesia. Rodeados los franceses de idólatras ó de cristianos nuevos, cuyas ideas temian turbar, y fuera de esto embarazados del término equivoco de adoracion, dudaron largo tiempo. Entre todas las imágenes, no querian dar honor sino á la de la Cruz, absolutamente diferente de las figuras, que creían los paganos llenas de divinidad. Conservaron no obstante en lugar decente, y aun en las iglesias, las demás imágenes, y detestaron los iconoclastas, y la diferencia que quedó no hizo cisma alguno. Conocieron en fin los franceses que no pedían los padres de Nicea para las imágenes sino el propio género de culto, observada toda la proporcion, que ellos mismos practicaban con las reliquias, con el libro del Evangelio y con la Cruz; y fué venerado este concilio de toda la cristiandad bajo el nombre de sétimo concilio general.

Así hemos visto los siete concilios generales, recibidos con igual reverencia del Oriente y del Occidente, de la iglesia griega y de la latina. Convocaban los emperadores estas gran-

des asambleas por la suprema autoridad que tenían sobre todos los obispos, ó á lo ménos sobre los más principales, de quienes dependían los demás, y que eran entonces súbditos del imperio. Erales suministrado carruaje público de orden de los príncipes, aunque siempre se hacían estas sagradas juntas con la aprobacion y consentimiento de los sumos pontífices. Juntábanse estos concilios en el Oriente, donde hacían su residencia, y ordinariamente enviaban á ellos comisarios para mantener el orden. Congregados así los obispos con los legados de la sede apostólica, si el pontífice no asistía personalmente, llevaban consigo la autoridad del Espíritu-Santo y la tradicion de las iglesias. Había desde el origen del cristianismo tres sedes principales, que precedían á las demás: la de Roma, la de Alejandría y la de Antioquía. El concilio Niceno había aprobado, que el obispo de la santa ciudad tuviese la misma preeminencia. El segundo y cuarto concilio elevaron la sede de Constantinopla, y quisieron que fuese la segunda. Así se hicieron cinco sedes, que con el curso del tiempo fueron llamadas patriarcales. Erales concedida la preferencia en el concilio. Entre estas sedes, la de Roma era siempre mirada como la primera, y el concilio de Nicea regló las otras sobre el modelo de ella. Había también obispos metropolitanos, que eran las cabezas de las provincias y precedían á los demás obispos. Empezóse bien tarde á llamarlos arzobispos, pero no era ménos reconocida su autoridad. Cuando estaba formado el concilio, se proponía la Sagrada Escritura, y se leían los lugares de los padres antiguos, testigos de la tradicion; que la tradicion era la que interpretaba la Escritura; creíase que su sentido verdadero, era aquel en que los siglos pasados habían convenido, y ninguno presumía de tener autoridad de interpretarla de otro modo. Los que rehusaban sujetarse á las decisiones del concilio, eran anatematizados. Después de haber explicado la fe, se reglaba la disciplina eclesiástica y se formaban los cánones, esto es, las reglas de la Iglesia. Creíase, que la fe era inalterable, y que aunque pudiese la disciplina recibir algunas mudanzas, según los tiempos y lugares, era



necesario aplicarse en todo lo posible á una perfecta imitacion de la antigüedad. En cuanto á los demás, los papas no asistieron á los concilios primeros generales, sino por sus legados; pero expresamente aprobaron la doctrina, y no hubo en la Iglesia sino una sola fe. Hicieron Constantino é Irene ejecutar religiosamente los decretos del sétimo concilio; pero no tuvo igual firmeza el resto de su conducta. El jóven príncipe, á quien su madre hizo casar á su disgusto, se entregaba á amores deshonestos, y cansado de obedecer á una madre tan imperiosa, procuraba alejarla de los negocios, en que á su pesar se mantenía. Reinaba en España Alfonso el Casto. La continencia perpétua que guardó este príncipe le mereció este bello renombre y le hizo digno de libertar la España del infame tributo de cien doncellas, que habia su tío Mauregato acordado á los moros. Setenta mil de aquellos infieles, muertos en una batalla con Magut, su general, fueron testigos del valor de Alfonso. También procuraba Constantino señalarse contra los búlgaros; pero no correspondieron los sucesos á sus esperanzas. Destruyó, en fin, todo el poder de Irene, é incapaz de gobernarse por sí tanto como de sufrir el mando de otro, repudió á su mujer María, por casarse con Teódora, que estaba en servicio de ella. Irritada su madre, fomentó las turbaciones que causaron un tan gran escándalo, é hizo morir á Constantino por sus artificios. Ganó al pueblo moderando los tributos, y con una aparente piedad atrajo los monjes y el clero á sus intereses. Logró, finalmente, ser reconocida por única emperatriz. Despreciaron los romanos este gobierno, y volvieron los ojos á Carlo-Magno, que sujetaba los sajones, reprimia los sarracenos, destruía las herejías, protegía á los papas, atraía al cristianismo las naciones infieles, restablecía las ciencias y la disciplina eclesiástica, solicitaba que se juntasen famosos concilios, donde era admirada su profunda doctrina, y hacia sentir, no sólo á Francia y España, sino á Inglaterra y Alemania, y por todas partes, los efectos de su piedad y de su justicia.

Se ha mutilado, se ha exagerado, se ha faltado á sabiendas á la verdad en la narracion;

ÉPOCA DÉCIMA Los carlovingios

Comprende esta época dos importantes siglos de la Historia, censurados acerbamente por algunos pensadores educados en el dogmático racionalismo, cuya errónea doctrina decide de plano, sin otra autoridad ni otras fuentes que las de esa grandiosa, es verdad, razon humana, pero pobre también, y enloquecida, y torpe, y menguada, cuando pretende escalar el cielo de la sabiduría absoluta y dominar lo creado con la impotente voz de la soberbia filosófica.

En lugar conveniente analizaremos las causas de esta soberanía de la razón, independiente de la Historia; hoy lo que importa es reponer la verdad de los hechos, y dar á la ciencia, en su análisis y desenvolvimiento, el augusto sello que imprime el providencialismo de la Historia, el cual, sin mermar la libertad humana ni contemplar el mundo girando al acaso en el espacio, nos ofrece en el estudio de verdaderas fuentes y costumbres, la elocuente comprobación de la doctrina católica.

Hasta la época de los Carlovingios, nos ha parecido deber seguir el espíritu y letra del gran Bossuet en la exposición sintética de los sucesos de los siglos; y siendo además imposible innovar nunca con acierto la traza y plan de un genio en cualquiera ciencia ó arte, mucho menos posible hubiera de haber sido para mí, entusiasta admirador del célebre obispo, tocar á un solo pensamiento de la correcta exposición de la ciencia en su *Discurso sobre la Historia Universal*. De la época de los Carlovingios en adelante, no nos quedan que imitar más que los recuerdos del célebre historiador, y las profundas reflexiones de Cantú, modificadas por nuestra parte en aquellos puntos en que el vacío de la maravillosa historia del cristianismo y de España están llamando la acción de una mano vigorosa, que no será ciertamente la que traza estas líneas, juvenil, pero débil, á imprimir en la Historia ese sello de grandeza que distingue al generoso espíritu de la Edad media.

Se ha mutilado, se ha exagerado, se ha faltado á sabiendas á la verdad en la narracion;

Años
después de
J.-C.
800 á 1098



se ha resucitado un mundo viejo á la luz de la discusión en un mundo nuevo, y este mundo ha hablado por aquel cadáver, sin leer su testamento, ni analizar sus tradiciones, ni describir las leyendas de sus sepulcros, ni oír las sábias y profundas protestas de genios eminentes, que como solitarios profetas han venido enseñando á Europa y al mundo culto la exacta narración de la verdad. Contra tales afirmaciones, ofreceremos documentos, pruebas, fuentes y testimonios irrecusables. Esta es la misión de la ciencia histórica en general, y muy singularmente en las épocas que ahora empezamos á comentar, por cuya virtud nos permitimos consignar estas indicaciones, dignas de tenerse en cuenta.

Continuemos, pues, con espíritu de sincero amor á la verdad y entusiasta adhesión á las grandezas espirituales de la Edad media, la síntesis de la narración histórica.

El día del nacimiento del Señor del año 800, orando Carlo-Magno sobre el sepulcro de los santos apóstoles, el papa Leon III, tomando de sobre el ara sagrada del altar la corona imperial, la coloca sobre las sienes del nuevo emperador de Occidente, continuador del antiguo, que habia desaparecido por virtud de sus vicios al empuje de los pueblos invasores, ministros de la justicia de Dios, saludando el pueblo á Carlo-Magno con estos vitores: *Vida y victoria á Carlos Augusto, coronado emperador de romanos por la mano de Dios, grande y pacífico.*

La unidad que va reflejándose en el orden social, el triunfo de la fe, la propagación de la cultura, el esplendor que irradia en el Occidente, el genio que ciñe en derredor de sus sienes la corona de hierro de Teodolinda, el discípulo de Alcuino, el promulgador de los capitulares y el protector de los papas, no es obra de un momento, sino efecto de hechos y causas anteriores, que debemos señalar brevemente.

Los nuevos moradores del antiguo imperio romano, súbditos de Carlo-Magno y vencedores en todo el Occidente, llamados á destruir los gérmenes del viejo paganismo, amaban sobre todo la libertad y la independencia; te-

nian el estar dominados y privados de libertad por la peor de todas las condiciones, y no contaban entre los hombres libres sino á los que con su propio brazo sabían defender su vida, no consintiendo nunca en que ni la muerte pudiese separar al germano libre de las armas y el caballo con que habia conquistado y defendido la libertad.

Sus ideas sobre la divinidad eran grandes, como reflejo sin duda de antiguas, aunque corrompidas tradiciones. Wouton, Hulda, la diosa cazadora Diana que lanzaba el rayo desde el seno de las nubes, y Ostara, la diosa de la primavera, eran las deidades á quienes tributaban falso culto los germanos. Tan soberbios como se mostraban con los hombres en la guerra, eran sumisos á las órdenes de la divinidad, manifestadas por boca de los sacerdotes.

El duelo, la bárbara prueba del niño sumergido en las aguas para probar su legitimidad, el austero y misterioso sepulcro, la rudeza y el amor al par á sus bosques, eran el conjunto de su virginal y heterogénea civilización, mezcla informe de bondad y de barbarie.

El genio de las nacientes artes y costumbres de los germanos en la Scandinavia; su Odin, la divinidad suprema; Thor, el dios del trueno, y el Walhala, mansion de los héroes, nos manifiestan su fácil preparación para recibir el cristianismo. Sus iglesias, de cúpulas elevadas, de innumerables y esbeltas columnas, de bóvedas atrevidas, de torres gigantescas, de flechas delicadas y ligeras, llenas de flores esculpidas, hojas entalladas en la piedra ó figuras extrañas y encantadoras, ¿no son acaso los símbolos de las florestas de la Germania consagrada á la adoración del Dios verdadero? La oscuridad misteriosa y santa de estos templos, esas ojivas caladas con tanto arte, al través de las cuales juguetea el sol mágicamente, como al través de las cimas de los altos bosques, ¿no son los reflejos de los antiguos santuarios de la Scandinavia?

La conversión de los godos al cristianismo, hecho que sorprendió á San Atanasio, y que hizo exclamar á San Jerónimo, cuando en su gruta de Bethlehem recibió una carta en que los godos Sunnia y Fretella le consultaban sobre